

Las mujeres en la vida de San Pablo

REMEDIOS FALAGUERA SILLA

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2009, Remedios Falaguera Silla
© 2009, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.
Tuset, 3 2^a – 08006 Barcelona
www.styria.es
Primera edición: mayo de 2009

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO
Diseño de cubierta: Enrique Iborra
Maquetación: Cristina Payà (www.ipstudio.es)
ISBN: 978-84-92520-20-6
Depósito Legal: B-14357-2009

Impreso y encuadernado por Jam S.L.

Impreso en España – Printed in Spain

A Tí, Madre y Reina, que nos acaricias en tu regazo y nos enseñas que ¡Tu «reinar» es servir! ¡Tu servir es «reinar»!

*¡Oh glorioso san Pablo!,
Apóstol lleno de celo,
Mártir por amor a Cristo,
intercede para que obtengamos una fe profunda,
una esperanza firme,
un amor ardiente al Señor
para que podamos decir contigo:
«No soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí».*

*Ayúdanos a convertirnos en apóstoles
que sirvan a la Iglesia con una conciencia pura,
testigos de su verdad y de su belleza
en medio a la oscuridad de nuestro tiempo.
Alabamos junto contigo a Dios nuestro Padre,
«A Él la gloria, en la Iglesia y en Cristo
por los siglos de los siglos».*

Índice

1. PRÓLOGO	11
2. INTRODUCCIÓN	13
EL PAPEL DE LA MUJER EN SUS ENSEÑANZAS	17
1 Lidia, mujer piadosa	19
2 La pitonisa, mujer objeto	23
3 Mujeres nobles, cultas e instruidas	27
4 Damaris y la dignidad de la mujer	33
5 Priscila, amiga, cómplice y colaboradora	39
6 Las hijas de Felipe, mujeres vírgenes	45
7 Eunice, trasmisora de la fe	49
8 La abuela Loida	55
9 Berenice y Drusila, mujeres seductoras	61
10 Febe y la corresponsabilidad de la mujer en la misión de la Iglesia	69
11 La madre de san Pablo, una «SONRISA DE DIOS».	75
12 Un regalo para el apóstol: Su hermana y su sobrino	81
13 Las mujeres en las comunidades paulinas. La predilección y la confianza del apóstol por el «genio femenino».	85
14 La Virgen y san Pablo	95
Conclusión	103
EPÍLOGO: PRIMERAS CATEQUESIS DEL SANTO PADRE BENEDIC- TO XVI SOBRE SAN PABLO.	107

REMEDIOS FALAGUERA SILLA

1. Breve biografía de San Pablo (Roma, miércoles, 27 agosto 2008)	109
2. Pablo: Perfil del hombre y del apóstol (Roma, miércoles, 25 octubre 2006).	117
3. La centralidad de Jesucristo (Roma, miércoles, 8 noviembre 2006)	123
4. El espíritu de nuestros corazones (Roma, miércoles, 15 noviembre 2006).	129
5. La vida en la iglesia (Roma, miércoles, 22 noviembre 2006)	135
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	141

Prólogo

En muchos otros títulos, san Pablo y sus cartas han sido objeto de estudio y reflexión. Sobre él se han escrito numerosas hagiografías y no pocos tratados. En unos y otros se echa de menos la sencillez que los creyentes necesitan para enriquecer su fe pues, las más de las veces, son libros enfocados a destinatarios muy particulares y por ello escasamente divulgativos.

Por eso, es un regalo la candidez con que la autora de esta obra aborda a san Pablo. Es verdad, su trabajo se aboca a un tema particular (el de la mujer y el Apóstol de los gentiles) desde su personal perspectiva de cristiana, madre y esposa; en ese sentido, sería erróneo repasar cada página esperando encontrar una obra especializada o de carácter exegético al respecto. Sin embargo, este libro no deja de tener un valor especial pues ofrece ricas reflexiones espirituales, delicadas notas de cultura general y exquisitas intuiciones que sólo podían proceder de una persona que se conoce, vive y trata de transmitir su fe.

Así, en un clima de cordialidad, la autora nos brinda la posibilidad de releer con ella algunos pasajes de los *Hechos de los Apóstoles* y de las *Cartas de san Pablo*. En definitiva, nos deja asomarnos a su corazón encauzando nuestros pensamientos a

esa evidencia de la relación que tuvo Saulo de Tarso con no pocas mujeres de las primeras comunidades cristianas.

El centro de todo este texto es doblemente actual. Por una parte, san Pablo ha estado en el centro de un año jubilar (2008-2009) proclamado por Benedicto XVI para conmemorar el bimilenario de su nacimiento. Por otra, el feminismo no ha dejado de ocupar un puesto en los debates intelectuales y jurídicos internacionales desde hace varias décadas. Así pues, si relacionamos ambas temáticas, el resultado no puede dejar de ser interesante: desde la figura de la primera cristiana de Europa, Lidia, pasando por Damaris, Priscila, Eunice, Loida, Berenice, Febe o la hermana y la madre de san Pablo, entre otras tantas que aparecen en cada uno de los capítulos de este libro, en todas ellas resalta un aspecto que, además de arrojar luz para la reflexión, incluso para la meditación, desmitifica esa misoginia que no pocas veces se le atribuye a Pablo.

La obra que el lector tiene en sus manos es el fruto de un corazón de apóstol respaldado por no pocos años de trabajo periodístico en distintos medios de comunicación por parte de la autora. Nadie mejor que una mujer que nos permita desentrañar y ahondar en las figuras femeninas que están presentes a lo largo y ancho de esta obra que, sin duda, vale la pena leer.

Jorge Enrique Mújica, L.C.

Escritor y consultor de Catholic.net

Jefe de redacción del semanario electrónico Análisis y Actualidad

Introducción

Con el pretexto del año jubilar dedicado a san Pablo y gracias a la sugerencia del Santo Padre Benedicto XVI de promover la riqueza de los textos paulinos, verdadero patrimonio de la humanidad, me he propuesto releer los textos del apóstol.

Pero esta vez, con los ojos y el corazón de una mujer que no solo pretende redescubrir en ellos la novedad de la defensa de la dignidad femenina, en la que tanto se empeñó Jesucristo durante toda su predicación, sino que con el osado atrevimiento por mi parte, de desmitificar el machismo atribuido al apóstol durante décadas.

Es obvio que Jesucristo fue un vanguardista en el trato con las mujeres respetando su riqueza humana y espiritual como algo específicamente femenino e imprescindible para el futuro de la humanidad. No solo por considerar su naturaleza propia, ni inferior ni igual a la del hombre, sino que reconoció su dignidad —desde el mismo momento de la creación—, y el papel extraordinario que el genio femenino ha jugado en la construcción de la Iglesia.

De esta manera, a través del ejemplo de las mujeres sencillas, comprometidas, generosas, piadosas, valientes... que formaron parte en la vida de san Pablo veremos que las pala-

bras del apóstol no solo hicieron en su día temblar las columnas del Imperio, sino que son de una tremenda actualidad; ya que, si leemos con atención sus textos, no distan mucho de las alabanzas, gratitud y compromisos hacia las mujeres de Juan Pablo II en la *Mulieris Dignitatem* o de las de Benedicto XVI en la *Spe salvi*.

Todas ellas tienen mucho que enseñarnos. Y estas líneas pretenden, sin ningún pudor, presentar a las «mujeres de San Pablo» a través de unas pequeñas pinceladas doctrinales y espirituales, demostrando que, tanto ayer como hoy, la defensa del apóstol por la dignidad femenina en la Iglesia y en la sociedad continúa vigente.

A muchos de ustedes les puede parecer extraño la tarea que me propongo realizar pero la personalidad, el apasionamiento y la profundidad de Pablo de Tarso siempre me ha fascinado y la actualidad del Año Paulino merece que, como mínimo, intente comprender mejor la verdad, la bondad y la belleza de sus enseñanzas.

Es comprensible que al escuchar, «las mujeres sometánse a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia... Pues así como la Iglesia está sometida a Cristo, así las mujeres han de estarlo a sus maridos en todo», encasillemos al apóstol de machista trasnochado, de prepotente, de un hombre que supuestamente despreciaba no solo la dignidad de la mujer sino la participación femenina en todos los ámbitos de la vida pública.

Pero basta seguir leyendo el texto para darnos cuenta de la belleza de sus palabras acerca de la dignidad de la mujer y la igualdad de derechos y deberes del hombre y la mujer, creados por Dios para construir juntos el destino de la huma-

nidad: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne: antes bien la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo».

Más aún: me atrevo a afirmar que su predicación no puede ser prejuzgada de misoginia. Al contrario. A pesar de su educación, de la cultura y las tradiciones de su tiempo, este problema nunca existió para él, puesto que para san Pablo, todos —hombres y mujeres, como hijos predilectos de Dios— tenemos los mismos derechos y obligaciones no solo en transformar nuestros corazones al escuchar sus enseñanzas y hacerlas vida, sino en la misión evangelizadora que nuestro Señor Jesucristo quiere para cada uno de nosotros: cambiar el mundo para que Cristo reine en la tierra.

El papel de la mujer en sus enseñanzas

1

Lidia, mujer piadosa

«Zarpando, pues, de Troas, vinimos con rumbo directo a Samotracia, y el día siguiente a Neápolis; y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la provincia de Macedonia, y una colonia; y estuvimos en aquella ciudad algunos días. Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido. Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedamos». (Hechos 16:11-15)

La primera cristiana de Europa

La primera mujer que aparece en los Hechos de los Apóstoles relacionada con san Pablo es una gentil procedente de la Tiatira del Apocalipsis, comerciante de telas y de púrpura llamada Lidia, la tintorera.

A pesar de la buena posición económica y social en la que se encontraba, gracias a su negocio familiar asequible únicamente a ciudadanos de lujo, Lidia no se hizo célebre por esto. Al contrario. Si por algo ha pasado a la historia ha sido por

ser la primera cristiana europea, ya que, mientras escuchaba atentamente las palabras del apóstol, el «Señor abrió su corazón», creyó, se arrepintió de sus pecados y se bautizó, junto a toda su familia, creando así el primer grupo de creyentes —la primera Iglesia— del continente europeo.

Pero no fue solamente su conversión, su fidelidad y su gran afán apostólico lo que la engrandeció. Más bien, suponemos que fue su valentía, su bien ganada autoridad y su generosidad al abrir las puertas de su casa como lugar de culto y predicación, creando así la primera iglesia doméstica, mostrando así su enorme agradecimiento por el regalo de la fe: «Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedamos».

Iglesias domésticas

«Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedamos».

Lidia, mostrando así su enorme agradecimiento por el regalo de la fe, no dudó en abrir las puertas de su hogar, para que fuera utilizada como escuela de vida cristiana capaz de transformar el mundo. Pues nadie duda que la intimidad del hogar, en un clima de amor... es el lugar idóneo para aprender las virtudes humanas y sobrenaturales necesarias para nuestra tarea apostólica.

Por esto, es grato observar como la historia de Lidia es un ejemplo vivo de todas aquellas mujeres que han sabido convertir sus hogares en iglesias domésticas, reforzando así el importante papel de la mujer en la evangelización, en el com-

promiso con las enseñanzas de Jesucristo y en la colaboración sin límites con los apóstoles.

Además, hay que señalar la delicia que supone observar como Lidia, superando todos los prejuicios culturales de la época, discriminatorios de la mujer, no dudó en abrir las puertas de su casa a los discípulos del Maestro. Es más, gracias a su gran coraje y osadía, dio prueba, junto a las santas mujeres que supieron estar a los pies de la Cruz con una valentía que les faltó a los apóstoles, de que todos tenemos la misma dignidad en la Iglesia, puesto que «ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3, 28).

Nadie duda de que ser mujer piadosa imprime un carácter especial, un espíritu de comunión con Dios que le lleva no solo a servir, sino a realizar obras buenas por Dios y por la Iglesia con una extraordinaria docilidad. Resta añadir que en aquella época era el único modo en que la mujer podía demostrar su amor y su compromiso con la Palabra de Dios, ya que no estaba autorizada a hablar ni a enseñar. Pero no por ello, se infravalora ni un ápice la aportación de su «genio femenino» a la misión salvífica de Jesucristo, imprescindible para la expansión de la Iglesia en Europa.

«Buscarle, encontrarle, tratarle, amarlo»

Este «hacer hacer» o simplemente «hacer para» es una cualidad que no por silenciosa es menos grandiosa ante la mirada atenta de nuestro Señor, puesto que embellece el corazón de aquella mujer que lo realiza.

Al contrario. «Buscarle, encontrarle, tratarle, amarle», como recordaba San Josemaría Escrivá de Balaguer, son las tareas que necesitamos para realizar nuestra misión. Ya que, nuestro servicio es compartir, es amar sabiendo que sólo ama el que sabe que Alguien le ama. «Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad» (1Jn 3,18-19).

Por lo tanto, en pleno siglo XXI es necesario, me atrevería a decir que imprescindible, la colaboración de las riquezas propias de las mujeres en busca de un mundo donde prime el «bien estar» en contra del «bien tener». Esto es, atender, cuidar y dar lo mejor de su feminidad a la familia y a la sociedad para inundar todos los ambientes con el calor, la paciencia, la alegría, el orden, la comprensión, etcétera, que sólo una mujer puede transmitir.

Es más, habrá que despertar nuestras conciencias para dejar de vivir en la confusión y saber, sin miedo, para qué sirve ese corazón femenino que tanta falta hace a la humanidad para que no se termine deshumanizando.

Y de eso, las mujeres sabemos, y mucho.

Festividad de Santa Lidia: 3 de agosto